

JOSÉ MARTÍ Y LA PATAGONIA

Marcelo Pellegrini
University of Wisconsin—Madison
pellegrini@wisc.edu

Entre los años 1880 y 1895 José Martí vivió, con algunos intervalos breves y otros un poco más extensos, en la ciudad de Nueva York, por ese entonces el naciente epicentro de la modernidad. La Nueva York de fines de siglo era una ciudad bullente y camaleónica, cuyo aspecto físico cambiaba todos los días y cuya geografía humana se modificaba con las permanentes olas de inmigrantes que se aproximaban a sus costas. Nueva York, “la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque”, como la describió Rubén Darío, era también la ciudad en donde la nueva era de la información masiva adquiría forma; en aquella época, dieciocho diarios en inglés y al menos diecinueve diarios y publicaciones periódicas en otros idiomas circulaban por la ciudad, creando un flujo de información nunca visto hasta ese momento. Martí fue testigo de ese cambio, de esa “época de elaboración y transformación espléndidas”, de esa era “de reenquiciamiento y remodelo” que él describió “como un desmembramiento de la mente humana”.

Martí ciertamente fue no sólo testigo sino partícipe muy activo de esa época de cambios profundos. Más de la mitad de su obra consiste en textos que interpretaron y reelaboraron esas transformaciones de la inmediatez por medio de un género literario novedoso en las letras hispanoamericanas del momento: la crónica periodística. Al colaborar en los diarios más importantes del continente, como *La Opinión Nacional* de Caracas, *La Nación* de Buenos Aires y *El Partido Liberal* de México, entre muchos otros, y en publicaciones neoyorquinas en castellano y en inglés, como *La América*, *The Hour* y *The Sun*, Martí se transformó en un observador de lo nuevo y lo actual sin nunca perder de vista la “necesidad de trascendencia”, como dijo Susana Rotker en su fundamental libro *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí* (Casa de las Américas, 1989).

Una muestra curiosa de los múltiples intereses martianos es este brevísimo texto que reproducimos aquí. No se trata siquiera de una crónica, sino de una viñeta o reseña de una reseña, sobre el origen de la palabra “Patagonia”, un tema que nos ha preocupado recientemente en las páginas de *Anales de Literatura Chilena* (Ver el importante libro *El*

nombre de la Patagonia: historia y ficción, de Javier Roberto González, publicado como anejo del número 32, y el artículo “Una genealogía crítica sobre el nombre de la Patagonia”, en el número 34). Martí, lector de *La Nación* de Buenos Aires, se encontró en las páginas de ese diario con una reseña de la conferencia que el botánico y micólogo italo-argentino Carlos Spegazzini dictó en Buenos Aires en 1884 luego de un viaje de investigación por la Patagonia; ahí, el científico especula sobre el origen de la palabra que nombra esa región del extremo sur del continente, argumentos cuyo resumen entrega Martí. Ciertamente, luego de las definitivas investigaciones de los filólogos María Rosa Lida de Malkiel y el ya mencionado Javier Roberto González, es posible afirmar que las conjeturas de Spegazzini repetidas por Martí son equivocadas, pero el valor de un texto como el que aquí reproducimos consiste en mostrar el abarcador interés del autor cubano por los temas americanos y cómo él anotaba, en la fugacidad de una época de grandes cambios, las noticias que le llegaban desde el fin del mundo. Un texto sin duda menor dentro de la producción martiana, aunque no desprovisto de esa energía trascendente que caracteriza lo mejor de su obra.

Imaginamos –sólo imaginamos– que la región más meridional del continente estaba en los pensamientos de Martí cuando, hacia el final de “Nuestra América” menciona, con poético optimismo, uno de los hitos geográficos más importantes de la Patagonia: “¡Del Bravo al Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!”.

.....

LA PATAGONIA*

José Martí

A curiosas hipótesis ha dado origen la etimología de la palabra Patagonia. En una reseña que *La Nación* de Buenos Aires hace de una conferencia del Dr. Carlos Spegazzini, que acaba de andar por aquellas tierras y estudiarlas, leemos que el viajero explica de este modo el origen de la palabra: En patagón, los números de cien en adelante pertenecen al quichua. Luego aquel pueblo tuvo vinculaciones con los quichuas, o más fácilmente, se hallaron bajo la dominación de estos. Ahora bien, los incas imponían a cada tribu la obligación de dar cien hombres de armas, constituyendo así centurias como en tiempo de los romanos.

La palabra cien, dicese en quichua *patac*.

*1 José Martí: *Obras completas. Edición crítica (Tomo 19)*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2011: 233.

Los patagones llámanse *oaniken*. *Patac oaniken* sería pues centuria de *oaniken*.

Aunque reconociendo el conferenciante que tal etimología era hipotética y no podía imponerse como única, suponía que aquel *patac oaniken*, corrompiéndose había llegado a componer la palabra Patagonia.

El carácter de los patagones pareció al conferenciante dulce y benigno. “Son hospitalarios, dice, pacíficos y poco sanguinarios; pero en sus odios son tenaces y no perdonan jamás”.

Describió un delicioso instrumento patagón al cual tienen los indios mucho apego. Contó que estaba un día bajo un toldo conversando con un indio cuando de pronto hirió sus oídos una música triste que parecía venir del exterior. Era como si tocaran en el violín, lejos, muy lejos, algo así como una marcha fúnebre de Chopin. Pronto se convenció de que la música partía del mismo toldo: era un viejo que pasaba el tiempo tocando su instrumento favorito. Un fueguino tocaba a veces en el mismo instrumento un trozo de *La Fille de Mme. Angot*, que había aprendido en Punta Arenas.

Expresó el conferenciante que los patagones adoptan para designarse nombres de objetos. Cuando alguno muere el nombre que llevaba en vida no lo adopta ningún otro.

La América. Nueva York, junio de 1884.

